millos y atenciones de la hija del duque,—que le entregaba su abanico, le ofrecía una flor para el ojal, le convidaba á probar los bombones de un saquito de raso, y le tenía materialmente sujeto—sino de cierto suave y peculiar perfume que exhalaban el pelo y la ropa de la duquesa, y que ya había respirado en el coche. También se le subían á la cabeza las luces del teatro, la concurrencia esplendorosa y el arrullo de la música, himno consagrado á su triunfo y á los incomparables destinos que le aguardaban.

Al retirarse á su habitación, al mirarse á su armario de luna, al desabrocharse el blanco chaleco, decía Cirilo enloquecido y extático:

—Pues, señor... ¡esto va viento en popa!

---

## V

Corrieron algunos días sin que Cirilo hallase motivo para no continuar alimentando las mismas ilusiones. El duque le trataba con extremada afabilidad, demostrando especial empeño en no hacerle sentir la dependencia de ningún modo humillante, y en enterarle de muchas cosas que conviene que sepa un joven si ha de abrirse camino en el mundo; y la señorita Leonela, si por momentos le torcía el gesto, parecía querer mortificarle y hasta le administraba algún arañacillo gatuno, seguía teniendo horas en que, girando la veleta, se mostraba tan pegajosa, tan zalamera y tan insinuante, que no se requería gran fatuidad para creer que en su corazón había abierto brecha el joven, discreto y apuesto secretario. Recobrado algo de la inevitable timidez de los primercs momentos, Cirilo empezaba á terciar sin cortedad ni empacho en las conversaciones, precaviéndose contra la indiscreción y el entrometimiento, pero sabiendo demostrar un aplomo que él

mismo encontraba de muy buen gusto. Su vasta cultura y sus múltiples conocimientos tenían ocasión de manifestarse y de brillar, y más de una vez gozó el deleite vanidoso de que sus dichos arrancasen á los duques y á Leonela sonrisas, frases y expresiones de esplícita y halagüeña aprobación. Sentía, como se siente un aire templado y perfumado que nos rodea y envuelve, la simpatía que iba despertando en los dueños de la casa, y el favorable concepto que gradualmente conquistaba y merecía. Esto le prestaba ánimos y redoblaba la intensidad y brillo de sus facultades. Notaba que empezaban á pedirle su opinión, á tomarle por árbitro en las pequeñas discusiones suscitadas entre la familia. El mismo duque, con bondadosa deferencia, propia de persona de tan escogida educación y de tan gran señor, no se desdeñaba de consultar á menudo á Cirilo, rindiendo tributo á la superioridad y amplitud de sus estudios en determinadas materias. También la señorita Fina demostraba especialísimo afecto y bondad al secretario; y hasta el señorito Fernán, el primogénito, el heredero de la casa, tenía la delicadeza, rara en él, de tratar á Cirilo con una mezcla de fraternidad juvenil y de algo que parecía consideración á su valer intelectual, demostrada en frases capaces de envanecer á una estatua de granito. «V., Hinojales, que es un sabio, me dirá tal ó cual cosa», solía exclamar el duquesito, pegando al secretario cordiales palmadas en el hombro.

En medio de estas gratas sorpresas, tan incitantes para el amor propio de Cirilo, notaba éste con terror que en la lucha que sostenían en su espíritu los hechizos de la duquesa y las riquezas y posición de Leonela, mal de su grado iba venciendo lo que menos convenía, ó sea, que el ver de cerca y diariamente á una mujer como la duquesa, el beber la luz de sus pupilas y el recrearse en los juegos de la risa y de la palabra sobre el hendido rubí de sus labios, era gravísimo empeño para un hombre que no ha probado aún las amargas delicias de la pasión y que está en lo más lozano y brioso de una tardía y reprimida juventud. A pesar de las coqueterías felinas, desiguales y caprichosas de la señorita Leonela, Cirilo sentía que hacia la duquesa se le iban el alma y los sentidos, arrebatados por imán poderoso. Comprendía que por una palabra de la duquesa, por una de aquellas miradas que se clavaban en el corazón como saetas de emponzoñada punta, daría en tierra con la ambición, la gloria y todos los cálculos interesados, relativamente bajos y miserables. En resumen, lo que Cirilo veía en aquel momento y lo que le trastornaba el meollo, era el arco de rosas, el arco fragante y embriagador.

Había oído decir Cirilo—porque son cosas que corren sin que se sepa quién las averigua y las afirma,—que la duquesa, á pesar de su radiante hermosura y los escollos que por culpa de ella la rodeaban, era dama de intachable reputación, que guardaba á su esposo el decoro y la fidelidad más estricta. Aunque aficionada

al mundo y á sus pompas, y dada á divertirse, como mujer tan moza y de tan lucidas prendas, nadie podía alabarse de haber conseguido de ella ni el más inocente favor. Se dejaba incensar, sonreía al incienso, lo respiraba, pero ni aun parecía ver á los turiferarios. A ser Cirilo un seductor de oficio, ducho en las artes de la galantería, esta fama de la duquesa le hubiese arredrado, haciéndole comprender lo arduo y difícil de la conquista. A Cirilo le encendió más y más. Parecíale natural que hasta entonces el pecho de la duquesa hubiese sido de mármol, pero que por él se convirtiese en cera blanda y suave. Sentíase dispuesto á ofrecerla un amor ecuatorial, bien distinto de los insustanciales homenajes que la sociedad la brindaba diariamente. Creía que el cuarto de hora de la duquesa había sonado desde que apareció en escena el secretario de su esposo, y que así debía estar escrito en los astros, no habiendo más remedio sino que el decreto se cumpliese.

Cuando más alborotado y nerviosico le traían estos pensamientos, sucedió una cosa que, no á él, sino á otro más práctico, y á cualquiera, hubiese puesto á dos dedos de la locura. Y fué que una noche, al retirarse á sus habitaciones, que estaban en el piso bajo de la casa de los duques y tenían reja y puertecilla al jardín, encontró en el suelo de su dormitorio una cartita cerrada muy cuca, sin sobrescrito, que se apresuró á recoger y que devoró con avidez, frotándose los ojos como quien ve visiones. El corazón le latía atropelladamente, y la cabeza le daba



vueltas, mientras la sangre zumbaba en sus oídos con ruido torrencial. Lo primero que había conocido, aun antes de leer la carta, era que el papel era el mismo que usaba la duquesa para escribir sus billetes de amistad y confianza. Cirilo recordaba, por haberlo visto en dos ó tres ocasiones en manos de la camarera ó del portero encargados de enviar las esquelas, aquel papel de primorosa forma angostísima, de color agarbanzado y de sedoso crujir. Al romper el sobre, dos indicios nuevos le hicieron comprender mejor que sólo de la duquesa podía proceder la misiva misteriosa. En la cabeza del papel, finas tijeras habían recortado cuidadosamente algo, que era, á no dudarlo la coronita ducal de plata y colores; y del interior se exhalaba, dulce, delator é inequívoco, aquel perfume peculiar de la dama, ligera exhalación que al respirarla causaba á Cirilo vértigo indecible. La letra—Cirilo la conocía por haber echado una rápida ojeada á las esquelitas vistas en manos de la camarera ó del portero—confirmaba la suposición: aunque ligeramente disfrazada, y muy impersonal, como suelen ser las letras aristocráticas, de la duquesa era sin duda alguna; Cirilo la hubiese distinguido entre mil.

Póngase el piadoso lector en el caso del joven secretario, y dígame qué sentiría al repasar la carta, y ver que era de amor, lo que se dice de amor, aunque de amor muy velado, sutil, vaporoso y metafísico. El encogimiento más lisonjero para Cirilo había dictado aquella epís-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tola; se veía que luchaban allí la vergüenza que contiene la pluma, y la afición que la estimula y atropella. Decía la anónima corresponsal (pues la carta no tenía firma alguna) que apelaba á aquel medio para dar á entender su estado de alma, por no atreverse á indicarlo de otro modo, temerosa de las burlas del mundo y las bellaquerías de la gente, que no comprende ni compadece las enfermedades del corazón. Añadía que su amor era puro y elevadísimo, y que, *por lo pronto,* sólo aspiraba á que no fuese acogido con sentimientos menos sublimes de los que revelaba la carta. Insistía en la necesidad de guardar mucho secreto y precauciones infinitas para evitar el enojo de *ciertas personas,* y sugería que la respuesta debía ser colocada á tal hora, en determinado mueble del recibidor que precede á las habitaciones de la duquesa. Prevenía mucho á Cirilo contra las coqueterías de Leonela, advirtiéndole que era una niña sin corazón, que se casaría por interés y orgullo, pero se complacería en burlarse del joven secretario y hasta en despreciarle si le creía rendido. En su estilo y aun en sus repeticiones, la carta delataba el desorden y la turbación de quien ama de veras.

Alimenta el minero que se dedica á buscar pepitas de oro lavando la despreciable arena, constante aspiración á encontrar una de extraordinario grosor, de esas que por sí solas constituyen para el que las halla una fortuna. El infeliz achicharrado por el sol y rendido por el cansancio, se pasa la vida soñando con el



hallazgo inestimable que ha de darle de un golpe libertad y dicha. A cada momento se imagina que ya tiene la pepita entre las manos, y cree ver el lindo color mate del oro nativo. De repente, ¡oh cielo piadoso! la pepita aparece, gruesa, pesada, enorme... y el lavador de arena duda de sus ojos y no da crédito á la felicidad que momentos antes firmemente esperaba... Algo así le sucedió á Cirilo. En la primer sorpresa—á pesar de su fatuidad inocente é involuntaria—dudó si el papel que acababa de leer era carta verdadera, y se frotó los párpados y se llevó las manos á la frente, á fin de evitar que se le escapase la razón...

No se acostó hasta la madrugada. Febril, agitadísimo, garrapateó más de media docena de respuestas, sin que ninguna le satisficiese, hasta que logró concentrar en una de ellas todo el fuego de la sensibilidad y la quintaesencia de la amorosa gratitud. Nótese que si bien era Cirilo novicio en estas lides, le servía de mucho para entrar en ellas con ventaja la memoria y la lectura. Recordando páginas incandescentes de la *Nueva Eloisa*, del *Werther*, de la correspondencia de la señorita Aissé, y fragmentos de otras obras literarias modernas y antiguas, y envolviéndolo todo en un baño de poesía y de entusiasmo suministrado por su propia pasión, logró componer una carta de la cual no quedó descontento. Respiraba la carta ardor caballeresco; declaraba que no trataría de forzar el transparente incógnito de la bella, y que en público refrenaría sus ojos y velaría cuidadosa-

mente para no infundir sospechas á nadie; pero que esperaba, en compensación, otras páginas más terminantes, que viniesen á ofrecerle la certeza de su ventura, en la cual aún no osaba creer. Como discreto y enemigo de traer á colación nada desagradable, Cirilo se guardaba bien de hacer la menor alusión al duque, ni á los sagrados deberes que por él infringía la duquesa.—Y al día siguiente, á la hora que señalaba la epístola, Cirilo depositó la suya en el mueble, diestramente escondida, y se retiró al punto, como le mandaban.

Por la noche, en el comedor, Cirilo, aun cuando trató de guardar el mayor disimulo, de estar lo mismo que todos los días, no pudo menos de buscar á hurtadillas las pupilas de la duquesa. Y hubo un momento... en que le pareció que se fijaban en él con insinuante energía. No sabía Cirilo que las mujeres muy hermosas tienen, entre otros encantos, el de mirar involuntariamente á los más indiferentes con algo de amoroso efluvio. Sí: aquellos magníficos ojos árabes expresaban mundos de ternura y de poesía. A no dudarlo, la duquesa había leído la carta de Cirilo: tal vez la llevase guardada en el seno, allí donde el negro terciopelo del traje, encuadrando la blancura de la soberbia tabla de pecho, ostentaba un riquísimo broche de limpias y celestes turquesas, rodeado de resplandeciente pedrería.

A la noche, al volver á su cuarto, Cirilo encontró la anhelada respuesta. La incógnita suplicaba encarecidamente que no se formase de



ella mal concepto por haber tenido la aparente ligereza de escribir á un hombre y de mostrarse prendada de él. Era que la incógnita apreciaba en todo su valor las raras prendas de Cirilo, hasta para él mismo ocultas. Ella había sabido discernir su mérito, su instrucción, su talento, su educación completísima, y comprendido que era Cirilo de esos hombres que rara vez se encuentran y donde quiera que aparecen deben fijar la atención más que otros, á quienes sólo recomiendan y distinguen el nacimiento y la fortuna. De todos modos, la incógnita, algo ruborizada de la impetuosa contestación del mancebo, se proponía guardar en lo sucesivo gran reserva, probar á su adorador rendido, á ver si en constancia y firmeza rayaba tan alto como en fuego y vehemencia repentina.

Excusado parece advertir que en seguida respondió Cirilo, y se estableció una correspondencia larga y tendida entre él y la incógnita, sirviendo de estafeta ya el tallado mueble, ya una jardinera con plantas, colocada á la parte de afuera del tocador de la duquesa, ya la cara interior de un cuadro de Albano, ya el ángulo de un tapiz, entre dos clavos y bajo la tela. Los temas favoritos de las epístolas eran cual se deja entender: Cirilo apremiaba solicitando una entrevista, donde se cerciorase de que su dicha tenía algo de real y auténtica: la dama resistía, aplazaba, alegaba el temor, la vergüenza, el riesgo, los inconvenientes que en casos tales se suelen alegar...—Por último, la proximidad de un acontecimiento que se anunciaba en casa de

los duques proporcionó ocasión para señalar la cita.—Habíasele antojado á Leonela, en uno de sus arrechuchos de zambra y bullicio, que sería cosa muy linda dar un baile al cual todas las señoras asistiesen de capuchón de encaje blanco, sobre traje blanco también, y luciendo, como único adorno y distintivo, una franja de flores que descendiese desde el pecho hasta el talle. El traje debía ser uniforme, pero en el distintivo cabía variedad: cada señora podía lucir su favorita flor. Los hombres llevarían capuchones negros. Claro que lo de los disfraces no era sino un recurso para animar algo, desde los primeros momentos, la fiesta, pues por lo demás, ni los duques habían de dejar entrar á nadie desconocido, ni los blancos antifaces tardarían mucho en caer, transformando en acompasado y ceremonioso baile lo que empezase con el alboroto y jarana propios de la temporada carnavalesca.

Sin embargo, esas horas concedidas á la máscara y á la relativa libertad que ofrece, Cirilo contaba aprovecharlas; la dama de los billetitos y él se encontrarían en el jardín de invierno, cerca del grupo de amores de mármol rosa que bailan alrededor de una hoguera. La espesa sombra de los gomeros y palmeras protegería un breve y delicioso coloquio, tal vez decisivo, y de cualquier modo anhelado, como anhela el sediento la gota de agua que ha de refrigerarle.

## VI

Dos ó tres días antes del señalado para la función, el duque se encaró con su secretario, en ocasión de hallarse los dos despachando correspondencia, que el duque minutaba y Cirilo había de contestar después extensamente con arreglo á la minuta; y tomando del cajón siempre entreabierto un excelente cigarro, y tendiendo á Cirilo otro, díjole afectuosamente:

—Oiga V., Hinojales; yo no he querido jamás que se creyese de mí que tengo la sombra del manzanillo, que lo esteriliza todo en derredor. Al contrario: me gusta ser árbol de buen arrimo. Ya habrá V. oído que hice hombre á Orduña, el que es hoy gobernador de Cádiz: y mire V., aquí en confianza, Orduña, valía muy... muy poquito. Aquello fué sacar de un leño un santo milagroso. Con V ha de ser más fácil y más lucida la empresa. ¡En V. hay veta, hay personal...

Confuso, y aun algo punzado de remordimiento, Cirilo se inclinó, afectando una modes-